



In memoriam

Mons. Michel-Louis Guérard des Lauriers, O.P.

25 de octubre de 1898 † 27 de febrero de 1988

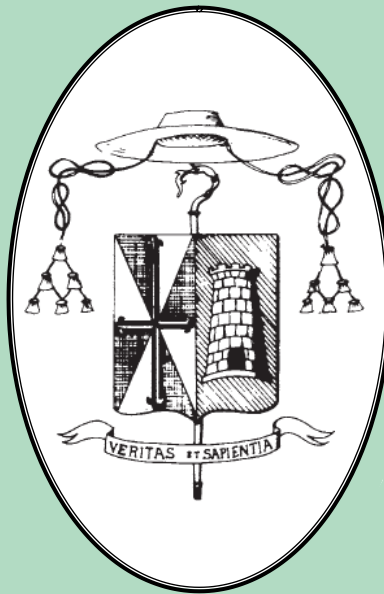


« Para decir la verdad, es necesario vivir en la verdad. No se puede sentir cómo la verdad mide las cosas y las vidas, más que si uno mismo vive en la verdad ».

De “La caridad de la verdad”
del P. Guérard des Lauriers, O.P.

« Ahora todo se calla, como al ocaso de mi vida; solo estáis Vos, y yo frente a Vos. No existe nada más, salvo Vos, en Vuestra Cruz, y yo que os miro; os miro, tiendo hacia Vos con cada fibra de mi corazón, compadeciendo: y he aquí que soy transformado por Vuestro misterio. Quisiera entrar en Vuestro sufrimiento, comprender todas las torturas del alma y del cuerpo: es maravillosa la alegría que me inunda, la felicidad, el inexpressable reposo; angustia, tristeza, amargura, todo se disipa ».

De “La vía real”
del P. Guérard des Lauriers, O.P.



VIDA DE MONS. GUÉRARD DES LAURIERS

Por el Padre Giuseppe Murro

Raymond Michel Charles Guérard des Lauriers nació en Suresnes, cerca de París, el 25 de octubre de 1898, a las 22.45 hs., en el 27 de la rue des Barrières, hijo de Paul Louis Guérard des Lauriers y de Lucie Madeleine Lefebvre, su esposa. Luego fue bautizado en la parroquia del Corazón Inmaculado de María, de Suresnes, el 24 de diciembre de 1898, su padrino fue Charles Guérard des Lauriers y su madrina, A. Lefebvre.

Aunque su primer nombre era Raymond, en la familia siempre se lo llamó Michel.

Desde su infancia mostró una disposición particular para los estudios, revelando una inteligencia poco común: “un genio”,

diríamos. Y debido a esto, ya desde la escuela pública de Suresnes tenía notas excelentes: en 1908 por “las cartas geográficas” y en 1909 por “su trabajo, su cuidado y su conducta”.

Recibió una educación cristiana en su familia: su madre tenía gran fe y gran piedad. Él mismo dijo de ella que era una santa. Michel debió hacer una muy buena primera comunión, ya que es a ella que su madre atribuirá la gracia de la vocación. Recibió la confirmación el 25 de abril de 1910, también en la parroquia del Corazón Inmaculado.

Después de la dolorosa prueba para toda la familia de la muerte del padre en 1913, Michel se inscribió en el Liceo Chaptal. En noviembre de 1915 fue admitido como postulante en la Tercera Orden de los Maristas, que tenía la meditación como ejercicio diario de piedad; después del noviciado hizo la

profesión el 26 de marzo de 1917. Fue en este momento que Michel comenzó a pensar en la vocación. Sin embargo, también fue en marzo de 1917 que tuvo que interrumpir sus estudios debido a la movilización general: fue incorporado al 113mo Regimiento de Infantería; luego asistió al *Centre d'Instruction* en St-Cyr, desde el 1ro de septiembre de 1918 hasta el 1ro de febrero de 1919, tiempo durante el cual incluso participó en el curso de ametralladora en Granville y recibió la mención “muy capaz”. Esta es la descripción de Michel dada por el comandante de la 7ma Compañía de St-Cyr, Capitán Regard: “Espíritu frío y metódico, poco abierto, pero muy reflexivo, conoce a fondo su reglamento, pero le falta aún un poco de seguridad en el terreno; de una educación superior, será un jefe de sección de primer orden y un brillante oficial”. Pero los desig- nios de la Providencia serán muy diferentes para Michel.

La posguerra

Dejó el ejército para asistir al Liceo Chaptal, hacia fines de 1919. Admitido en la *École Polytechnique* en 1920, la abandonó en 1921 para ingresar en la *École Normale Supérieure*. En 1924 obtuvo la cátedra en matemáticas, luego recibió becas en París y Roma, donde estudió con el profesor Levi-Civita (1925-26) y asistió a la Academia Lincei.

Aquí debemos destacar especialmente la buena influencia ejercida sobre Michel por el Padre G. Massenet, Vicario en la parroquia del Corazón Inmaculado de María. Sacerdote muy piadoso y celoso, a quien todos consideraban como un nuevo cura de Ars. Muy humilde, rechazó categóricamente todas las promociones que se le ofrecieron y terminó santamente su vida como vicario honorario de Suresnes. El Padre Massenet conoció a fondo a Michel y se mantuvo siempre en correspondencia con él durante el servicio militar, los estudios, la estadía en Italia: pudo así aconsejarlo sabiamente sobre su futuro, ya sea para la vocación, ya sea para la solución de las dificultades que se le presentaban. Él no disimulará su alegría cuando Michel tomó su resolución y luego, antes de su partida, le dará los últimos consejos: “*Tenemos casi continuamente que separarnos de los afectos que las circunstancias nos presentan. Entiendo también tu pena al abando-*

nar lugares que te son queridos por los recuerdos que te traen. ¿Acaso no podemos decir a este respecto las palabras de San Pablo: quotidie morior (muero todos los días)? En una de las lecciones del breviario, un Santo Padre nos dice que la vida no es otra cosa que una muerte prolongada. Es verdad para el corazón... y lo que es maravilloso es lo que me dices: ¡a pesar de todos los sacrificios que debes hacer, en el fondo del alma eres feliz y no cambiarías tu lugar por otro! Esto es lo que hace Jesús por aquellos que se entregan completamente a él: con una mano les quita todo aquello a lo que están más apegados, y con la otra les devuelve mil veces más de lo que ellos dieron. Tú sentirás esto cada vez más durante tu noviciado...” (carta del 29 de julio de 1926).

La vocación

La madre de Michel, Lucie Madeleine Lefebvre, vivía de la fe. Ella vino dos veces a Italia para encontrarse con su hijo; visita las basílicas, las iglesias, las catedrales, participando en las ceremonias religiosas. Durante su segunda estancia en Roma, en abril de 1926, se enteró de la vocación de Michel.

Ella misma lo cuenta en su diario de viaje, con fecha del 1ro de abril, Jueves Santo: “*Michel me anuncia la gran decisión... ante la imagen de Santo Tomás de Aquino... él entrará con los dominicos. ¡Alabado sea Dios! Que su voluntad se haga enteramente y que me envíe calma y coraje”*.

Dos días más tarde, luego de participar en el Oficio del Sábado Santo, ella escribirá: “*Oficio en San Joaquín. Comión a los pies del Salvador resucitado, a pesar de las terri-*

Sus padres





*Joven estudiante de matemáticas,
ya piensa en la vocación religiosa*

bles separaciones que asustan a mi debilidad, todo canta en mí la acción de gracias, la confianza, la paz, la alabanza al Dios tan bueno y misericordioso que en un instante puede cambiar la faz de todas las cosas. Ordenación en San Juan de Letrán: ¡Oh maravilloso y consolador espectáculo!”

De regreso a Suresnes, el sábado 17 de abril, el mismo día ella irá a la iglesia: “*Voy sin tardar a los pies de la Virgen de Suresnes para agradecerle por haber protegido a su pequeño hijo querido de todas las acechanzas armadas en su camino, el niño al que había marcado el día de su primera comunión, ¡ella no podía abandonarlo! No, siempre lo protegerás, ¿verdad? Como la mejor de las madres. Que él haga la obra de Dios y trabaje para su gloria”.*

Michel había sido previamente un joven ejemplar, no sólo en los estudios, sino también en la vida moral: serio, piadoso, se esforzaba por practicar la perfección evangélica: “nunca fui al teatro, a espectáculos, esto me era extraño...” contará más tarde. Iba cada semana a ver al P. Garrigou-Lagrange y se sentía atraído hacia los dominicos.

Pero, ¿qué es lo que decidirá a Michel por la vocación y en la Orden de Santo Domingo? Una tarde él se había quedado en el convento del Angelicum al canto de Completas: y entonces, al mirar la estrella que estaba en el cuadro de Santo Domingo y la imagen de San Pedro Mártir, tuvo “*una especie de visión. Una inmensa alegría haber hallado... que el buen Dios me elegía para pertenecer a la Orden de la Verdad. Era el acabamiento de toda mi juventud, tenía 28 años*”. Y él lo explicará de nuevo: “*Fue una*

especie de intuición. Las mismas imágenes habitualmente bellas se convirtieron para mí en una especie de poderosa proyección del Cielo. Vi el esplendor de la Verdad, el esplendor de la Verdad Divina”.

El seminarista

Michel entró en el noviciado de Amiens en septiembre de 1926, a los 28 años, tomó el hábito el 23 del mismo mes con el nombre de Hermano Louis-Bertrand. Hizo su profesión religiosa el 23 de septiembre de 1927.

Debido a las leyes anticlericales de principios de 1900, en Francia las Órdenes religiosas habían sido forzadas al exilio; por lo que los novicios debían continuar sus estudios en el extranjero. Los dominicos tenían su seminario del Saulchoir en Kain, Bélgica, cerca de la frontera francesa. El director del seminario era el P. Héris, autor de un importante comentario de la Suma Teológica de Santo Tomás. Los estudios no hicieron olvidar a Fray Louis-Bertrand el deseo de la conversión de las almas: el 15 de octubre de 1927 se inscribió en la Archicofradía de oración por la conversión de Israel y el 3 de febrero de 1928 en otra, por el retorno a la fe católica de los pueblos del Norte de Europa.

En el seminario sus compañeros tenían estima por él, sea porque era el mayor, sea por los estudios que había hecho, sea... por el buen humor que lo hacía simpático. Y ya desde entonces se conocía su interés por las cosas especulativas, mientras que las cosas materiales lo dejaban bastante indiferente.

El 6 y 7 de octubre recibió la tonsura y las órdenes menores del Obispo de Tournai, Mons. Rasneur. El 24 de septiembre de 1930, Mons. Drapiez lo ordenó subdiácono, el 21 de diciembre Mons. Rasneur lo eleva al diaconado y el 29 de julio de 1931, al sacerdocio en la iglesia del convento del Saulchoir. Celebra su primera Misa en su ciudad natal de Suresnes.

El profesor

Después de la ordenación, sus superiores decidieron que continuara sus estudios para poder enseñar. Durante el verano de 1932 la Facultad de Lille solicitó a la Orden de Santo Domingo un profesor de cálculo

diferencial e integral, ya que la cátedra había quedado vacante por enfermedad de su titular. El Provincial, P. Padé, propuso a Fray Louis Bertrand, que todavía tenía que terminar los estudios emprendidos. Este último, previendo la dificultad objetiva de seguir los cursos de teología en el Saulchoir y de dar cursos en Lille, escribió al P. Provincial, de quien dependía, que le respondió: “Es el P. Hérís quien lo envía y no yo”. Cuando Fray Louis Bertrand habla de eso al P. Hérís, él da como respuesta: “Es el P. Provincial, no soy yo”. Entonces Fray Louis Bertrand no tuvo más que aceptar, sin saber de quién había venido la orden.

El 23 de marzo de 1933 obtuvo el título de Lector, que en la Orden Dominica es equivalente a una maestría. Desde 1933 fue profesor de filosofía en el Saulchoir, enseñando epistemología y filosofía de las ciencias.

En esos años colaboró en la *Revue des Sciences Philosophiques et Theologiques*, así como en el *Bulletin Thomiste*.

El 26 de noviembre de 1934 recibió el título de Maestro de Conferencias de la Facultad de Lille. Y los que lo vieron no pudieron olvidar que él era el único profesor de la facultad que se arrodillaba al comienzo del curso para recitar la oración *Veni Sancte Spiritus*.

En 1939, debido a un serio estado de fatiga, da su dimisión en Lille, con gran descontento del Rector que con mucho gusto lo habría conservado.

Las leyes anticlericales en Francia habían caído en desuso y las órdenes religiosas pudieron regresar: los dominicos de Kain

Joven fraile dominico con el nombre de Louis Bertrand



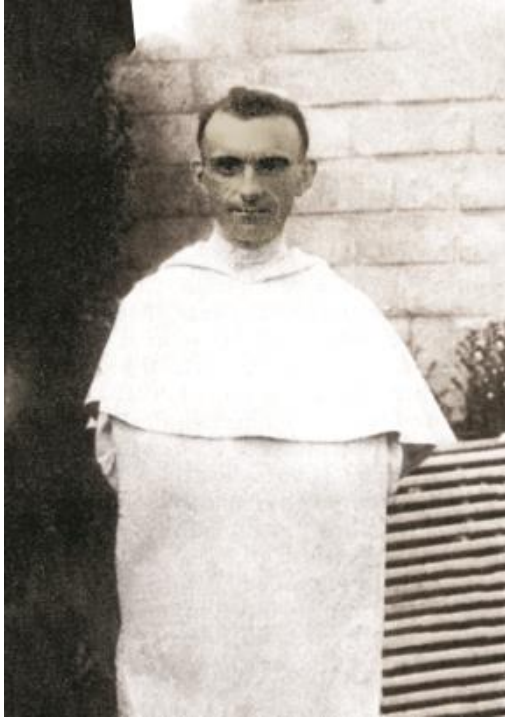
Recién ordenado sacerdote el 2 agosto de 1931 (el Padre es el tercero de la izquierda de pie)

obtuvieron en Etiolles, cerca de París, una casa que también recibió el nombre de “Saulchoir”. La “mudanza” se hizo en dos etapas, primero los filósofos en 1938, luego los teólogos en 1939; parece que Fray Louis Bertrand vino con los primeros; en todo caso, la asignación definitiva data de 1939.

En la Segunda Guerra Mundial, después de la movilización general, el Padre fue llamado al servicio el 9 de septiembre de 1939 con el rango de teniente de reserva; fue asignado a la sección técnica de artillería, donde sus conocimientos fueron utilizados en la fabricación de tableros de tiro. Luego de una estadía en Tarbes fue desmovilizado el 10 de septiembre de 1940.

Fue en esta época que tuvo el pensamiento de una vocación de cartujo. Escribió a varios conventos, entre los cuales la Gran Cartuja, y fue solamente algunos años después que fue admitido a hacer la prueba, cosa que no continuó. Mons. Guérard vivía siempre en un gran silencio interior, quizás fue por eso que pensó entrar en la Cartuja, pero incluso en eso no cesó nunca de querer seguir la Voluntad de Cristo y de buscarla en los acontecimientos de la vida cotidiana.

A pesar de las actividades de la vida religiosa, todavía se las ingenia para continuar sus estudios de matemáticas. En 1930 fue recibido como miembro de la *Société Mathématique* de Francia; el 3 de abril de 1941 sostuvo en La Sorbona una tesis sobre “Los sistemas diferenciales de segundo orden que admiten un grupo de Lie”, tesis sostenida bajo el patrocinio del profesor Elie Cartan que le valió un doctorado en ciencias matemáticas.



El Padre en 1934

Después de la guerra, Mons. Guérard escribió numerosos libros: “*Le Mystère du Nombre de Dieu*” (1940), “*Le statut inductif de la théologie*” (1942), “*La Théologie historique et le développement de la théologie*” (1946); su obra maestra en esos años fue “*Dimensions de la Foi*” (1950), prolongación del análisis epistemológico en el dominio del conocimiento de Dios, llevado a cabo con todo el rigor y la lucidez teológica, “*La théologie de S. Thomas et la grâce actuelle*” (1945), “*L’Immaculé Conception, clef des privilèges de Marie*” (1955), “*Le Phénomène humain du P. Teilhard de Chardin*” (1954).

En adelante nadie ignoraba que sus cursos eran excelentes, pero también difíciles y no muchos lograban seguirlos. Esto le valió algunas simpáticas bromas de sus colegas; parafrasearon, por ejemplo, el “pienso, luego existo” de Descartes para atribuirle un “pienso, luego sigues”.

El religioso

Estaba lleno de caridad para con todos, tanto en las relaciones personales como en las circunstancias particulares; así cuando supo que una pobre religiosa se levantaba a las 5:15 hs. para hacer su meditación en un frío glacial, él quiso obsequiarle su manto: era todo lo que poseía en ese momento.

Aunque fuera un gran “intelectual”, no crean que carecía de sentido práctico; por el contrario, le gustaba “arreglar”, reparar un objeto roto, hacer casi todos los días un poco de jardinería; no dudaba en echar mano a los trabajos más humildes. Su ciencia, sus cargos, incluso el episcopado nunca lo hicieron olvidar que él era, ante todo, un religioso dominico.

Le gustaba viajar en tren, cargado de su maleta-capilla, de sus libros para estudiar durante el viaje y de algunos objetos personales, y si la persona que debía venir a buscarlo tenía un impedimento, sin preocuparse, él se ponía en camino llevando su equipaje.

¿Cómo no recordar su capacidad para permanecer largo tiempo de rodillas en el suelo, inmóvil, absorto en la oración, y la pobreza en la que vivía, contentándose con poco?

Estaba obligado a una dieta estricta debido a problemas de estómago que tenía desde su juventud; el Padre Massenet ya le recomendaba que cuidase su salud. Cuando se retiraba al Saulchoir, él pedía a las personas que vivían con él no tomar más de una hora para cada comida, incluida la preparación, ¡ya que esta ocupación, decía, no merece más que eso! Más tarde mitigó esta regla, ¡que era tan rigurosa, que las cocineras “trataban de arreglarse” utilizando ollas a presión para mantenerse dentro del tiempo! Aquellos que se le acercaron no dejaron de notar un cierto humor que nunca lo abandonó, con el cual coloreaba incluso las cosas más serias; se reían de sus salidas, especialmente por su verdad.

No debemos olvidar su actividad en la vida espiritual: los numerosos retiros que predicó, ya sea a comunidades religiosas, ya sea a grupos de terciarios dominicos, ya sea en las parroquias. Numerosos son aquellos que fueron publicados. Entre sus escritos espirituales, citemos “*Virgo fidelis*” (1950), “*Magnificat*” (1950), “*La Charité de la Vérité*” (1951), “*La Voie Royale*”, “*Ma Maison sera appelée une maison de prière*”, “*Marie Reine*”, “*Le Silence*”.

Fue nombrado, el 7 de abril de 1950, confesor adjunto de las Hermanas dominicas del Monasterio de la Croix, en Etiolles, mientras continuaba enseñando en el Saulchoir y participando en diferentes congresos, especialmente en el Congreso Tomista de Roma, en 1955, en el que intervino sobre

Metafísica y Metaciencia, y en el de Gallarate, en 1959.

Trabajos y controversias

Durante los años 50 Mons. Guérard participó en las controversias contra el neo-modernismo desbordante que terminará por dominar en el Concilio Vaticano II. En sus muchos escritos sobre la Teología de la gracia, distinguirá claramente el orden natural del orden sobrenatural contra las tendencias de la “*nouvelle théologie*” y del P. de Lubac. Respecto de la cosmología evolucionista, él será uno de los principales opositores del P. Teilhard de Chardin (ver Sommavilla: *La Compagnia di Gesù*, Rizzoli, 1985). Estas controversias condujeron a la condena del neo-modernismo por parte de Pío XII, con la encíclica *Humani Generis* (1950).

Mons. Guérard denuncia al P. Congar al Santo Oficio y advierte que el Prefecto, Card. Ottaviani, ignoraba las ideas de Congar; esto desencadena en su contra el mal humor de muchos de sus colegas, incluso en el Saulchoir.

El P. Guérard des Lauriers también fue un eminente mariólogo. A este título participó en los trabajos preparatorios de la definición del Dogma de la Asunción (1950). En esta ocasión, él desarrolla la doctrina del magisterio ordinario universal que probaba la infalibilidad del futuro dogma.

Por otra parte, fue uno de los principales teólogos que secundaron la intención de Pío XII de completar los dogmas marianos con la definición de la mediación y corredención

La batalla por la Misa: el profesor de la Lateranense la defenderá a cara descubierta



Reciente edición francesa del Breve Examen

de María. Pero los progresistas, que no habían podido evitar la proclamación de la Asunción de la Santísima Virgen, lograrían que se dejaran de lado estas dos definiciones. La proclamación de María Reina (1954), que en los planes de Pío XII debía servir como preludio de las dos siguientes, fue entonces la señal de un tiempo de parada del cual el P. Guérard fue inmediatamente consciente.

El papel asumido por el Padre en los años 50 nos hace comprender por qué Pío XII le propuso la púrpura cardenalicia, pero fuentes bien informadas nos dicen que De Gaulle lo vetó.

En 1961 Mons. Piolanti invita al P. Louis-Bertrand a venir a Roma para enseñar en la Universidad de Letrán, y así durante diez años tuvo que ausentarse meses de Etiolles por su trabajo en Roma, alojándose en el Angelicum, donde reencuentra a su querido P. Garrigou-Lagrange hasta la enfermedad de éste.

El breve examen crítico

Mientras tanto, los acontecimientos se precipitan: la reforma litúrgica está en plena marcha hasta llegar a convulsionar la Santa Misa. Mons. Guérard relata:

“Roma, Jueves Santo, 3 de abril de 1969. Aparecía el llamado “novus ordo missae”. Hubo dos coros, el de Satanás, el de Jesús: júbilo, consternación. Pertenece, por gracia, al segundo. Pero había que actuar. Una da-

ma romana de la alta burguesía, Vittoria Cristina Guerrini, y su amiga Emilia Pediconi (una y otra fallecidas luego) conocían muy bien los medios del Vaticano, en particular al Cardenal Ottaviani. Éste se deja convencer. Y fue así que se decidió el planteamiento de los Cardenales, planteamiento cuyo honor debe darse a aquella que concibió el proyecto, soportó la carga y murió de esa agonía.

Era necesario preparar el documento cuya revisión se había reservado el Cardenal Ottaviani, y se había comprometido a entregar al 'papa'. Las dos romanas, especialmente V.C. Guerrini, estaban en contacto con muchos eclesiásticos. Algunos, tal vez cinco o seis, respondieron al llamado, pero no aportaron mucho más que una cooperación pasiva a algunas reuniones semanales. No obstante, el grupo debe mucho a un liturgista extremadamente distinguido, valiente autor de artículos críticos que publicó en aquel momento en los periódicos romanos, lamento haber olvidado su nombre. Mons. Marcel Lefebvre nos alentaba, un poco a la distancia, e incluso nos llenaba de esperanzas: '¡Conseguiremos la firma de 600 Obispos!' Por desgracia, ni siquiera él puso la suya".

El Padre Guérard redacta así el *Breve examen crítico del Novus Ordo Missæ* durante los meses de abril y mayo de 1969, especialmente de noche, ya que esta tarea imprevista se añadía a jornadas ya bastante completas.

Con motivo de la preparación del *Breve examen crítico* se organizó en Roma una Santa Misa en la tumba de San Pío V, el día de su fiesta, el 5 de mayo, celebrada por Mons. Lefebvre, el cual -para asombro de los asistentes- adopta las mutilaciones aportadas por Pablo VI (mutilaciones bastante graves, aunque todavía no era la Nueva Misa). Cuando, a la salida, se le preguntó, con respeto y tristeza a la vez, la razón de su acto, respondió: "Si se viese a Mons. Lefebvre celebrando la Misa tradicional, eso podría escandalizar". El P. Guérard comentará más tarde: "Si Mons. Lefebvre no celebró la nueva misa, sin embargo, realizó u omitió exteriormente gestos tales que llevaba a pensarlo, cosa que no he sido el único en observar... Doble, Mons. Lefebvre lo ha sido el 5 de mayo de 1969. Mientras que era considerado como el alma de un pequeño grupo 'amigo' que trabajaba día y

noche para salvar la Misa en contra de la misa, y mientras que manifestaba a este grupo aliento y simpatía, Mons. Lefebvre golpeó a este mismo grupo con la desaprobación pública de una lealtad incondicional a la 'autoridad' a la que había que hacer frente".

La redacción del *Breve examen* cuesta al P. Guérard la cátedra de Letrán, de la que fue despedido en junio de 1970, "junto con el rector, Mons. Piolanti, y una quincena de profesores, todos juzgados indeseables".

Mientras tanto, en el convento de Etiolles, donde el Padre todavía tenía su domicilio, las cosas no iban mejor: algunos estudiantes del seminario participaban en las manifestaciones del 68 en París y en el techo del convento fue izada la bandera negra de los anarquistas. Los superiores, aunque tomaron medidas, ya no controlaban la situación.

Extra Conventum

La decisión de los dominicos de vender el Saulchoir fue para el P. Guérard causa de tristeza. En el Saulchoir había tenido una vida bastante retirada en su pequeña habitación de la parte superior de la casa, el granero, como le decían sus compañeros en broma, y allí había escrito en la pared de su celda: "O Beata Trinitas stat Veritas dum volvitur orbis" (Oh Bienaventurada Trinidad, la Verdad permanece mientras que el mundo pasa). Es un pequeño resumen de toda su vida interior, en la que trató de penetrar en el misterio de la Santísima Trinidad.

Los dominicos ni siquiera se molestaron en transportar todo el mobiliario sagrado, y fue gracias a la intervención del P. Louis

El Padre en los años 70



Bertrand que muchos objetos de culto fueron salvados de la destrucción o de un uso profano. Luego de este último episodio, Mons. Guérard pide (y obtiene de sus superiores) vivir “*extra conventum*”: en adelante la Fe le obligaba a separarse físicamente de esas personas que -al aceptar las nuevas reformas- iban hasta a perder la fe. En ese momento pensaba en retirarse a un lugar prácticamente aislado, para consagrarse a la oración y al acabamiento de sus estudios. Pero el hombre propone y Dios dispone.

El Padre se dedica a la predicación de retiros, brinda conferencias especialmente sobre la situación actual y atiende centros de Misa tradicional.

Mons. Lefebvre abría entonces el seminario de Écône y tenía necesidad de profesores para asegurar la enseñanza. Se le pidió al P. Guérard dar cursos. Así comenzó la cooperación del Padre con Mons. Lefebvre, al que trata de hacer el bien, de esclarecer sobre los principios que exigen la verdad y la coherencia en la acción “tradicionalista”.

Durante esta época el P. Guérard busca la explicación teológica que hace justo y legítimo el rechazo de las nuevas reformas: elabora así la tesis según la cual el “papa”, al menos desde el 7 de diciembre de 1965, abierta y objetivamente, no profesa más exteriormente la Fe, y a causa de esto pierde *ipso facto* la Autoridad sobre la Iglesia militante, ya que no dirige más sus acciones en vista del bien de la Iglesia y de la salvación de las almas. Como, hasta prueba de lo contrario, su elección parece válida, y visto que hasta ahora nadie en el episcopado lo ha puesto en aviso oficialmente para que retire su herejía, se concluye que es “papa” sólo “materialmente” y para nada “formalmente” (cf. *Sodalitium* n° 13, págs. 18-24), y que por tanto no debe ser citado en el Canon de la Santa Misa, en la ofrenda de la Víctima a Dios.

Al haber divisiones en Écône sobre este tema, tanto entre los profesores como entre los estudiantes, Mons. Lefebvre tomó la decisión de “purgar” el cuerpo profesoral. Y el P. Guérard fue despedido en el otoño de 1977, luego de haber predicado a los seminaristas el retiro de apertura del año académico, durante el cual había dicho, entre otras cosas, que había que obedecer al “papa” como a un cadáver (no “*perinde ac cadaver*”, sino “*sicut cadaveri*”).

Las relaciones con Mons. Lefebvre, sin embargo, siguieron siendo buenas. El P. Guérard dio el hábito de terciario dominico a ciertas personas; él tenía el poder para hacerlo, pero no tenía el poder de dar “la misericordia de la Orden” y por eso no hizo entrar a nadie en la Orden propiamente dicha: “*Sé que no tengo ese derecho y lo he dicho explícitamente*”, escribió algo más tarde. Es por eso que cuando uno de esos terciarios dio el hábito a postulantes, Monseñor le escribió para decirle que no tenía el derecho y que él mismo no reconocía a esos jóvenes como hermanos de la Tercera Orden.

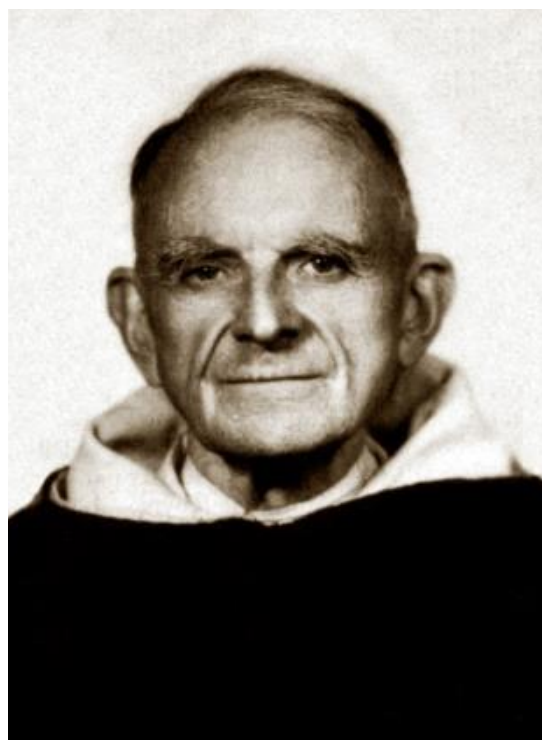
El R.P. Guérard y Mons. Lefebvre

En agradecimiento por el bien que les había hecho, fue abandonado por todos. Citemos como ejemplo la carta de Mons. Lefebvre en la que él explicaba por qué no quería que el Padre volviese a Ecône, ni siquiera para visitar a un grupo de jóvenes a los que él había dado el hábito y había dirigido hacia el seminario de Ecône para sus estudios (¡dichosa confianza y simplicidad!), sin imaginar que se haría todo para separarlos de él:

“Estimado Reverendo Padre... la única razón que me causa cierta aprensión es lo absoluto de sus afirmaciones sobre el Papa y eventualmente sobre el N.O.M.

Mi pensamiento es menos afirmativo. He emitido y todavía tengo dudas sobre el Papa Pablo VI. Me pregunto en efecto cómo

El Padre en 1974, en época de su docencia en Écône



un Papa puede contribuir tanto a la auto-demolición de la Iglesia, ¿pero esto me permite afirmar que él no es Papa? No me atrevo a decirlo de manera absoluta y definitiva.

...Si Usted tiene la evidencia de la cesación jurídica del Papa Pablo VI, comprendo su lógica subsecuente, pero personalmente tengo una seria duda, y no una evidencia absoluta...

...En cuanto a la actitud práctica, no es la inexistencia del Papa lo que funda mi conducta, sino la defensa de mi fe católica... Pero Usted cree en conciencia que debe partir de este principio que desgraciadamente crea confusión y provoca violentas divisiones, lo cual quiero evitar...

Este es en pocas palabras mi pensamiento, que no está muy lejos del suyo, pero que respecto de la conducta toma más en cuenta las realidades tanto tradicionalistas como progresistas..."

La respuesta del Padre Guérard fue clara y coherente (7/2/79):

"En lo que respecta al Papa Pablo VI, no tengo la evidencia de la cesación jurídica, pero tengo, **y hay**, evidencia metafísica y teológica de que, si la más alta Autoridad de la Iglesia retoma una doctrina tradicional ya definida, dicha Autoridad goza **ipso facto** de la asistencia inmediata del Espíritu Santo. Y si dicha Autoridad funda una Declaración expresamente en la autoridad de la Escritura, entonces **ipso facto** debe declarar infaliblemente la verdad.

Si esto no es evidente, dígnese mostrarme dónde está la falla.

Y si es evidente, entonces la 'autoridad' que ha afirmado un error no era de hecho **ontológicamente** apta para ejercer la Autoridad.

Nunca he dicho tampoco que hubiera cesación jurídica de la 'Autoridad'. Pablo VI permaneció papa **materialiter**, ya no lo era (al menos desde el 7/12/65) **formaliter**...

Es imposible que una profanación sacrílega de la verdad sea introducida en la Iglesia que es santa. Declarar explícitamente que el Vaticano II, en cuanto Concilio, **no es 'de Iglesia'**, no existe **en cuanto Concilio**, es una condición sine qua non para restaurar el orden en la Iglesia. Podría haber una interpretación tradicional de verdades contenidas en el Vaticano II, pero no hay una ninguna interpretación tradicional posible del Vaticano II en cuanto Concilio. Dado que,



"La caridad de la verdad", el lema que expresa su espíritu y convicción

precisamente desde este punto de vista, el Vaticano II opera una ruptura con la Tradición.

Usted precisa que 'su conducta se funda, no en la inexistencia del Papa sino en la fe católica'. Pero no veo, en la Iglesia Católica Romana, que se pueda testimoniar en favor de la Fe, sin situarse con exactitud respecto del Magisterio tal como es (o parece ser) actualmente.

La existencia de un Magisterio infalible, **que afirme de sí mismo que es infalible**, esta existencia es una **condición sine qua non** para el ejercicio de la Fe, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico...

Usted agrega, Monseñor, que 'tiene en cuenta, más que yo, las realidades tanto tradicionalistas como progresistas'.

Pero, finalmente, ¿conviene tener en cuenta al progresismo, aunque sea una realidad? ¿Y hacia qué testigos vamos, sino hacia aquellos que no hacen acepción de personas y que 'enseñan el camino de Dios según la verdad'? (Mc. 12, 14).

Es 'la verdad que nos hará libres' (Jn. 8, 32); **y ella sola**. No se puede resolver una cuestión que se refiere a la verdad por la 'coexistencia pacífica' en una 'pseudo-caridad', o por el silencio que impone la autoridad. Este es el proceder de la iglesia en retirada, proceder que suscita el 'padre de la mentira'.

'Bendito el que viene en el nombre del Señor... si éstos callan gritarán las pie-

dras' (Lc. 19, 40). Bendita sea la verdad. No hay que callarla, hay que gritarla.

No pienso que la inexistencia (relativa) del Papa ('formaliter') sea, como Usted escribe, un 'principio'. Es la consecuencia ineludible de los hechos observados; y es, tanto para testimoniar la Fe como para administrar **en la Iglesia** los sacramentos de la Fe, un indispensable presupuesto.

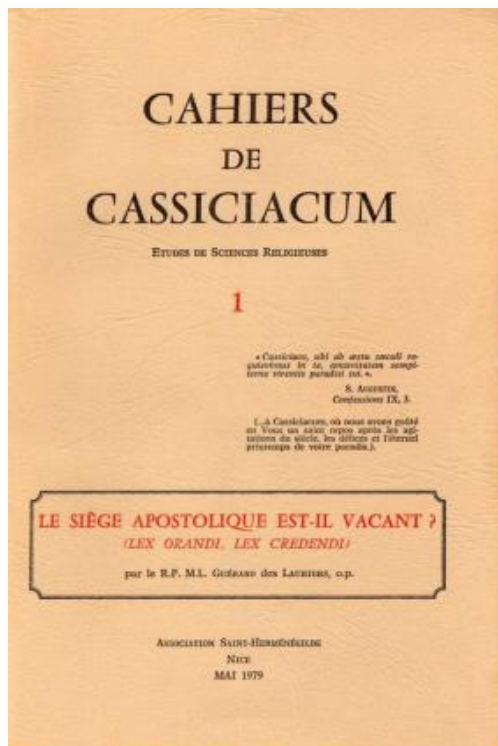
En la caridad de la verdad, le ruego acepte..."

Una tal carta permanecerá sin respuesta.

Esta búsqueda de la verdad, que repudiaba toda falsa caridad, sentimental o interesada, esta adhesión al verdadero y racional objetivo, será la causa del rechazo por parte de muchos, sea de la Tesis del Padre, sea incluso de su persona. El Abbé Coache tendrá la... delicadeza de hacer llegar al P. Guérard, el 29/1/1979, la invitación a una reunión programada para el 22, ¡o sea cinco días antes! Criticado por todos por su posición, no obtuvo **nunca**, de quienquiera que sea, una respuesta lógica y precisa a la tesis que él había expuesto.

Quien rechaza la gracia se hunde más en el pecado: así aquel que rechaza la luz de la verdad se hunde más y más en las tinieblas del error. Y de hecho fue en esta época que Mons. Lefebvre firmó el "Comunicado a las Asociaciones San Pío V", redactado en Flavigny junto con otros "líderes" del tradicionalismo; ellos afirmaban su unión al "sucesor de Pedro", a pesar de los graves reproches que tenemos derecho a hacerle (¡sic!)

El n° 1 de los "Cahiers de Cassiciacum"



y pedían a los católicos que se agruparan en torno a "sacerdotes fieles unidos a Roma y al sucesor de Pedro".

"Es herético, contrario al instinto de la Fe -comenta el Padre Guérard- aberrante respecto de toda la Tradición, pretender que se pueda, a fortiori que se deba, 'permanecer unido a un llamado Sucesor de Pedro' que profiere habitualmente la herejía, favorece en acto todo lo que podría destruir a la Iglesia, rehúsa de hecho ejercer como debiera el carisma de la infalibilidad... en vista de condenar y extirpar las gravísimas alteraciones de la Misa y del Magisterio".

Fue también durante este período que Mons. Lefebvre escribió la famosa carta n° 16 a los Amigos y Benefactores, donde ponía prácticamente en igualdad la nueva "misa" y la verdadera Misa, lo cual suscita la reacción de aquellos que conservan la Fe y provoca la carta abierta del P. Guérard: "Monseñor, no queremos esta paz"; ¡esto hizo ruido!

Las reacciones a esta carta abierta fueron numerosas: la distancia entre el P. Guérard y el "mundo" tradicionalista se hizo mayor; en cuanto a las respuestas doctrinales, como de costumbre, no hubo ninguna; nada más que ataques insultantes.

En el mismo año, el Padre comenzó, por primera vez, la publicación de su Tesis sobre la Sede formalmente vacante en los "Cahiers de Cassiciacum", la cual todavía no encontró ninguna respuesta seria, ni tampoco más personas con el coraje de abrazar la verdad cuando va acompañada de sacrificios y humillaciones.

La Consagración

Después de apremiantes invitaciones, el 7 de mayo de 1981, el P. Guérard acepta ser consagrado Obispo por Mons. Ngo-dinh-Thuc, arzobispo de Hué (Vietnam), "consagración válida, lícita y legal", de la cual hemos dado todas las explicaciones en nuestro *Sodalitium* n° 13, págs. 25-28 y n° 16, págs. 33 y 34.

¿Por qué razón Mons. Guérard fue llevado a aceptar después de aproximadamente un año de reflexión? Él mismo nos responderá; era la misma "voz" que lo condujo a la vocación:

"La percepción que tuve cuando entré en la Orden de la verdad fue para mí una resonancia de la misma vida, del mismo

tono que la intuición que tuve de que tenía que aceptar una especie de voz interior, un impulso interior. Uno se mueve fuera de uno mismo cuando es necesario. Uno ve, siente una certeza absoluta, una especie de impresión desde lo más profundo del alma. Entonces la primera intuición fue: VERITAS. Y para el episcopado: HOC EST ENIM CORPUS MEUM. Y comprendí: todo se debe hacer para salvar la ‘Oblatio Munda’.

La consagración se realizó sin que nadie fuera informado, y esto duró un tiempo. ¿Fue un error? ¿Una imprudencia? ¿la anuencia a un consejo por excesiva cautela? En todo caso, Monseñor tuvo el coraje y la humildad de admitir que en eso podía haberse equivocado (¿quién no lo ha hecho nunca en medios tradicionalistas?) Pero muchos, si no todos, se aprovecharon de esta circunstancia secundaria para condenar **el acto mismo** de la consagración (éstos son los mismos, en gran parte, que aplauden hoy las consagraciones de Mons., Lefebvre); ¿es honesto?... ¿se parece bastante al liberalismo! Dios juzgará, pero los actos realizados ya han sido puestos sobre la balanza y el Señor ya los ha juzgado.

Muy pocos fueron los amigos que permanecieron unidos a Monseñor: con el episcopado, realmente había abrazado toda la cruz. Abandonado por aquellos con los que contaba, herido por la incompreensión y la distorsión de la Tesis de Cassiciacum y por la cerrazón de los espíritus frente a la Verdad, Mons. Guérard experimentó una tristeza similar a la de Jesús en el huerto; las palabras de Isaías (63, 3) se le pueden aplicar verdaderamente: “*En el lagar he pisado yo solo, y nadie de mi pueblo estaba conmigo*”.

Las calumnias

Cuando alguien se ha quedado solo, es fácil calumniarlo para lanzar contra él el desprecio de los demás. Un ejemplo entre todos, Mons. Lefebvre, de nuevo, durante el “Simposio de Montreux”, del 16 de marzo de 1983, publicado por *Marchons droit*, de junio-septiembre de 1983: “*El Padre Guérard des Lauriers y el Padre Barbara me han escrito estupideces e insultos; nunca les he respondido. Nunca he insultado a ninguno de mis colegas que se haya separado de mí...*”



Mons. Guérard con Mons Ngo-dinh-Thuc en Toulon el 7 de mayo de 1981, día de su consagración episcopal

Dos consideraciones: ¿los argumentos de Mons. Guérard son “estupideces”? ¿Llamar “traición” a los pedidos de compromiso con los modernistas, y “traidor” a su autor, ¿es un insulto? En cuanto a la respuesta, se le imponía a Mons. Lefebvre, dada su actitud equívoca hacia la Fe: si él no la ha dado, la sospecha sobre la Fe permanece. “*Yo nunca he insultado...*” Mons. Guérard respondió: “*Pero Mons. Lefebvre calumnia, lo cual es mucho peor*”; y aquí está la calumnia: “*El Padre Guérard des Lauriers fue al Palmar de Troya para ver si este Papa podía considerarse auténtico. Es el cisma. No nos corresponde a cada uno de nosotros elegir un Papa. Es alejarse de la Piedra fundamental, alejarse de la Iglesia*”. Esto es falso: Mons. Guérard no sólo no fue, sino que nunca imaginó tomar en consideración la cuestión del Palmar; desaprobaba que Mons. Thuc se haya dejado engañar por ellos. Además, siempre rechazó la tendencia de ciertos obispos del “linaje Thuc” de arrogarse un poder de jurisdicción y llegar hasta elegir un papa; él definió una tal posición como “*sesionista creativo... que halaga al espíritu de aventura*” (*Sodalitium* n° 16, págs. 22 y 24).

Mons. Lefebvre, aunque informado sobre la falsedad de su declaración, nunca se retractó de la calumnia, nunca admitió haber cometido un error. Entonces, ¿quién usa “*estupideces e insultos*”, y también mentiras y falso testimonio? Aquí también: Dios juzga y los actos realizados ya los ha juzgado.

El apostolado de Mons. Guérard

Desde 1983, Mons. Guérard se dedicó a profundizar la Tesis de Cassiciacum, precisando lo que convenía hacer. Pone de manifiesto la necesidad de tener obispos que

profesen íntegramente la Fe católica y que estén consagrados válidamente para poder continuar la MISSIO confiada por N.S. Jesucristo a Su Iglesia. También especifica cuáles son los poderes reales y los límites de este Episcopado de la Iglesia en estado de privación de Papa.

Mons. Guérard nunca evitó la discusión: nunca se negó a revisar enteramente su tesis en función de las objeciones que se le hicieran, y esto por simple honestidad y lealtad intelectual, sin estar sujeto a un prejuicio, ni siquiera a “su” tesis, sino con el único deseo de buscar la Verdad, queriendo ser su humilde instrumento.

“*Me ubico desde el punto de vista del ser*”, decía a menudo cuando exponía su pensamiento: este realismo en las más altas especulaciones hacía evidente la verdad de lo que afirmaba. Y cuando “descubría” una verdad, la amaba y la abrazaba totalmente: esta adhesión era tal que no admitía que se persistiera en contradecir lo que era verdad y se acompañaba de la facultad de discernir en aquellos que se equivocaban el error debido a una ignorancia invencible del proveniente de una ignorancia culpable.

Pronto para hablar con todos, conservaba con cada uno su simplicidad y su firmeza: “*No hay que desconfiar*”, solía decir, y se mantuvo fiel a este principio, llegando a pagar el costo por conceder su confianza a algunos que no lo merecían o que no correspondieron al bien que habían recibido. Esta apertura “confiada” y casi inocente hacia el prójimo le dio la posibilidad de acercarse a muchas almas, de reconocer a aquellas a las que animaba la misma Fe y de llevar a los Sacramentos a las personas que se habían alejado de ellos desde hacía mucho tiempo.

“*La caridad que viene de Dios no hace acepción de personas*”, escribió; sin ostentación, sin “edificación”, sin cálculo. “*Si una vida es verdadera, no puede no irradiar*”. “*Si hacemos de la verdad la regla de nuestras palabras y de nuestros pensamientos, inducimos a los demás a la sinceridad, sin la cual no hay vida posible con Dios*”.

Son sus afirmaciones las que nos demuestran la claridad de su alma y la rectitud de sus intenciones. Por otra parte, la confianza en las personas nunca le impidió saber reconocer en los modernistas la imposibilidad práctica (aunque no teórica) de poder convertirse a la Fe.

El amor a la Verdad y el apego a la Santa Iglesia, el deseo de hacer el bien por N.S. Jesucristo, llevó a Mons. Guérard a no “descansar” en los laureles sino a continuar la lucha “*usque ad mortem*”, hasta el final de su vida. La Tesis de Cassiciacum es el punto de partida de su acción; él escribía:

“*Lo que uno piensa realmente de la TESIS se manifiesta en el obrar. Ya que la TESIS realmente afirmada... implica inevitablemente la siguiente alternativa:*

A) *o continuar la MISSIO, y por lo tanto reconocer la necesidad por esto (y solamente por esto) de obispos, los cuales, en la situación actual, evidentemente deben ser consagrados sin que sea posible referirlo a la Autoridad;*

B) *o admitir que la MISSIO debe cesar al menos temporalmente, ya que es imposible que sea perfectamente lo que debería ser.*

Se sigue que si, al mismo tiempo, se rechaza la consagración de obispos y se prosigue la MISSIO, entonces, se diga o se quiera lo que sea, no se sostiene realmente la Tesis; es decir que en realidad se niega la Tesis”.

A quien negaba una tal alternativa, respondía: “*o bien hay MISSIO o bien no hay MISSIO, por el principio de no contradicción. El componente esencial de la MISSIO es la MISA, la Oblación pura. ¿Cuáles son*

En Raveau, en coloquio con la Santísima Virgen





Mons. Guérard junto al dominico Mons. McKenna, a quien consagró obispo en 1986

los componentes de la MISSIO que pueden durar sin Obispos? La MISSIO, sin la Autoridad suprema en acto, requiere Obispos”.

Entonces, para continuar la MISSIO, Mons. Guérard quiso ordenar sacerdotes y consagrar obispos; de hecho, el 17 de marzo de 1984 ordena sacerdote al Padre Hubert Petit, el 30 de abril siguiente consagra a Mons. Storck, el 22 de agosto de 1986 a Mons. McKenna y el 25 de noviembre de 1987 a Mons. Munari.

Antes de cada consagración siempre especificaba la necesidad de actuar sin el Mandato Romano y el deseo de someterse a un verdadero Papa cuando Dios lo diera a su Iglesia, poniendo así fin al estado de vacancia formal (*Sodalitium* n° 16, págs. 3 y 4).

El amor de la Iglesia y de la Oblación pura no lo detuvieron ante ningún sacrificio: a pesar de su gran edad, no dudaba en hacer miles de kilómetros para predicar, para asegurar la Santa Misa, para administrar los Sacramentos, para visitar a personas en necesidad, incluso aceptar vocaciones con la carga de preparar y dar cursos sin nunca pensar en él, ni en su fatiga, ni en sus crisis de hígado que a menudo lo obligaban a guardar cama en el sufrimiento.

Clarividencia

En los últimos tiempos pudo ver realizarse sus “previsiones” sobre los eventos que vivimos hoy. Y ante todo el “derrumbe” del Padre de Blignières, cuyas cualidades conocía, pero del que había visto lo que otros no habían discernido: “*Será un hombre para lo mejor o para lo peor*”, había predicho hacía mucho tiempo. En 1982, escribió acerca del mismo: “*Ya no puedo estar seguro de él. Parece demasiado ansioso por mantener un*

contacto (¿útil?) con todos. Esto no es tranquilizador”.

Pero ya desde la consagración de Mons. Guérard, el Padre de Blignières demostró tal vehemencia contra este acto, que su adhesión a la Tesis de Cassiciacum no parecía completa. Sólo Dios escudriña los corazones y conoce las intenciones más ocultas; pero Mons. Guérard intentó y esperó hasta el final volver a traer al Padre de Blignières al buen camino, a pesar del mal devuelto por el bien.

Con respecto a Mons. Lefebvre, también podemos decir hoy que Mons. Guérard había previsto la manera en que realizaría las consagraciones:

“Será necesario, por lo tanto, si dichas consagraciones tienen lugar, no regocijarse prematuramente. Habrá que examinar si la cuestión del “mandato romano”, normalmente requerido para toda consagración episcopal, está claramente planteada y resuelta... Consagraciones episcopales que se realizarán según el rito tradicional, pero... ‘una cum W’ (W=Wojtyla) serían válidas, pero ajenas a la sana doctrina, manchadas de sacrilegio, siendo injuriosas para el Testimonio de la santa Fe, no se explicarían más que por la astucia de Satanás” (*Sodalitium* n° 16, págs. 16 y 17).

La Tesis de Cassiciacum y las Consagraciones

“La Tesis y la inferencia que establece (vacancia formal de la Sede Apostólica a causa del cisma capital de Wojtyla, incapaz de establecer disposiciones con fuerza ejecutoria en la Iglesia) deben ser CIERTAS, deben no sólo justificar sino imperar el comportamiento práctico de los fieles que,

Mons. Guérard durante un encuentro con sacerdotes del Instituto Mater Boni Consilii





Un episcopado y sacerdocio dedicados a perpetuar la "oblatio munda" por el bien de las almas

LÚCIDOS en su adhesión a la TRADICIÓN, rechazan reconocer a W como, formalmente y en acto, el jefe visible de la Iglesia militante.

*Además, esta inferencia debe ser AUTÓNOMA. Es decir que la **certeza** requerida por esta inferencia no puede proceder, ni siquiera implícitamente, de un juicio cuya pseudo-certeza se apoyara ella misma en la pseudo-autoridad que actualmente azota a la Iglesia militante, la de W. Por lo tanto, sería contradictorio (y entonces vano) recurrir a la autoridad de la 'autoridad', en vista de probar que es necesario... no reconocer a la 'autoridad'.*

Sería contradictorio presumir, con el fin de confeccionar la prueba, la infalibilidad de lo que uno pretendía, al final de la prueba, afirmar que desertó de la infalibilidad. Tal es el vicio radical del lefebvrismo.

Concretamente, en la realidad, pudieran o no haber declaraciones platónicas o espectaculares veleidades, quien cumple la MISSIO tiene inevitable y objetivamente el mismo comportamiento con respecto a la TESIS y con respecto a la CONSAGRACIÓN, ya que estas dos cosas son ontológicamente indisolubles, como lo son, en toda existencia concreta, el acto de ser y la naturaleza que es su medida.

Esto es además lo que confirma la observación. Por un lado, en efecto, rechazar la TESIS y admitir la CONSAGRACIÓN, sería

evidentemente ser cismático. Por otro lado, rechazar la CONSAGRACIÓN y admitir (aparentemente) la TESIS, es degradar esta última a una abstracción eidética (puramente lógica y separada de la realidad) que no es más lo VERDADERO adecuadamente convertible con la REALIDAD. La CONSAGRACIÓN prueba que alguien que, aunque fuera en un sólo punto, no está por la TESIS, EN REALIDAD, está contra la TESIS ('el que no está conmigo, está contra mí', Lc. XI, 23)...

Si se elige proseguir la MISSIO sin referirla a la 'autoridad', es porque este comportamiento aparentemente anormal se justifica afirmando que la 'autoridad' no es la Autoridad, es decir, afirmando la TESIS a título de 'principio' y planteando 'en acto' que este 'principio' exige proseguir la MISSIO. Por lo tanto, lo que se opone EX SE a la continuación de la MISSIO, se opone EX SE e IPSO FACTO a la TESIS, la cual tiene el derecho de principio necesitante. Y dado que, sin CONSAGRACIÓN, la MISSIO no puede durar, la coyuntura, es decir, el hecho de proseguir la MISSIO sin referencia a la "autoridad", implica que, objetiva y concretamente, rechazar la CONSAGRACIÓN es negar la TESIS. En otras palabras, siendo la CONSAGRACIÓN una condición necesaria para que subsista una consecuencia de hecho necesaria de la TESIS, impedir esta consecuencia (rechazando la CONSAGRACIÓN) es en realidad rechazar la TESIS, que es el principio necesitante de esta consecuencia".

Estos principios de acción, estudiados y vividos por Mons. Guérard, fueron de manera coherente la regla de su vida durante los últimos años, hasta el final: criticado, burlado, y sobre todo viéndose abandonado, nunca cesó de profesar la verdad. Hasta ahora, nadie supo analizar la situación actual mejor que él, nadie supo responder a las objeciones que él planteó a las otras tesis que pretendían resolver de otra manera la situación actual.

"*Defunctus adhuc loquitur*": el difunto habla todavía, sí que es el caso de Mons. Guérard, porque encontramos en sus escritos y en sus palabras la comprensión de los hechos de hoy y de mañana: la solución de la crisis en la Iglesia aparecerá cuando se apliquen honestamente todos los principios que él expuso. Tomar, como muchos, sólo una parte de lo que él enseñó "para no en-



Durante su última enfermedad Monseñor bromea con el Padre Murro

suciarse las manos”, no es honesto y no resuelve nada. Pero evidentemente hacer propia **toda** la Tesis de Mons. Guérard hoy cuesta varias humillaciones e incomprensiones.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor

Ahora Mons. Guérard nos mira desde lo alto. ¿Qué decir de él ahora? Es él mismo quien nos lo sugiere:

“Beati mortui qui in Domino moriuntur. Beati. La fe se estremece y la naturaleza permanece prohibida. Misterio y misterio. Es la solemne palabra que irradia la luz propia en el Reino. Beati mortui qui in Domino moriuntur. Es como una novena bienaventuranza, es la aurora de la Bienaventuranza eterna, la única que pasa de un ‘porqué’. Así podemos completar la última

bienaventuranza de la tierra, que debe ser similar a las ocho primeras: ‘Beati mortui qui in Domino moriuntur’ quia ‘Preciosa est in conspectu Domini mors sanctorum ejus’ (Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor’ porque ‘preciosa es delante del Señor la muerte de sus santos’: Apoc. 14, 13; Sal. 115, 15).

Testigos de la muerte de otros, no podemos reconstruir el papel del moribundo. Deseosos de ver a Dios, nuestra naturaleza se niega a comprender por qué la unidad de nuestro ser debe ser destruida para poseer a aquel que es su causa. Pero en el caso no hay más que una cosa que comprender: la muerte entró al mundo sólo a través del pecado... Nadie en la tierra ve a Dios. Quien quiere ver quiere entonces abandonar la tierra. Quien quiere permanecer en la tierra, quizás quisiera ver, pero en verdad no lo quiere. Beati mortui qui in Domino moriuntur. Bienaventurados los que mueren en la virtud del deseo de su Señor.

El deseo de Dios realiza entonces la bienaventuranza en la muerte, aunque no apunta a la muerte misma, ese es el hecho: morir es ganancia para mí (Filip. 1, 21).

¿Cómo es posible? Pues hay una oposición radical entre el mirabilis reformasti y la deformación: uno fue un violento quiebre impuesto desde afuera por el hombre, él mismo voluntariamente fuera del orden de Dios; la otra procede siempre desde adentro, de acuerdo con la suavidad y la fuerza de Dios. La muerte, en la que se enfrenta

La tumba de Mons. Guérard en el cementerio de Raveau



un deseo ciego y que priva de vida, he aquí que se convierte en la Resurrección la condición intrínseca de la Vida; y he aquí que un santo deseo asume la muerte hasta el punto de producirla, lejos de querer huir-la. Oh Señor, cuán grande es morir de deseo, y os ruego ardientemente que me hagáis enteramente humilde si os dignáis hacer resonar en mi corazón vuestro misterioso: 'Si quieres...' (Mt. 19, 21).

Para vislumbrar cómo morir en Vos, es simple, no debo considerar en mí la criatura, la criatura humana, la criatura humana y pecadora confrontada a su creador, al Espíritu subsistente, al Amor subsistente. Lo que eternamente me hace y me hará simple, es decir, semejante a Vos, es ser vuestro hijo. El acto de morir en Vos es, por excelencia, un acto salido del hijo, salido del deseo, pero bajo la moción de la misteriosa gracia. El deseo inspirador de la muerte bienaventurada procede de la criatura; es un deseo incondicional que tiende hacia su objeto, que tiende también a ser infinito. Pero el deseo, como acto de la criatura, es finito;

sólo puede ser infinito si, unido a Dios, se hace inmanente a él. Es Dios quien suscita el deseo, en cuanto que atrae. 'Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió' (Jn. 6, 44). 'Cuando haya sido levantado de la tierra, atraeré a todos a mí' (Jn. 12, 32). El deseo es infinito en la atracción donde reposa.

Preciosa es para Vos, Señor, la muerte de cada uno de vuestros hijos: Abba, Pater. Preciosa es para Vos la partida de aquellos que, en virtud de vuestro Amor, se instruyen mutuamente sobre la más secreta de las Bienaventuranzas: la de morir y descubrir, en el mismo acto de la muerte, el signo supremo de vuestra sabiduría: éstos manifiestan, por debajo de las lágrimas y de la Gloria que comparten, la íntima trascendencia de vuestra inmutable atracción. Preciosa es es, Señor, la muerte de cada uno de vuestros santos en vuestro Amor; preciosa es es la muerte de todos vuestros santos juntos en este mismo Amor".

(tomado de *Sodalitium* n° 18)

